

EL MANUSCRITO  
DE  
UNA MADRE,

NOVELA DE COSTUMBRES,

su autor

ENRIQUE PEREZ ESCRICH.

ILUSTRADA CON LÁMINAS TIRADAS APARTE Y DIBUJADAS

POR

D. Eusebio Planas.

Entregas 73, 74, 75, 76, 77, 78, 79 y 80.

MADRID.

JOSE ASTORT Y COMPAÑIA, EDITORES.

Calle de las Hileras, número 14.

1872.

Cuaderno 11 de ocho entregas.

L47  
2227

DEPTO. ESTADIST. DE LOS RECURSOS NATURALES

EL M. A. NUBOSIDAD

# UNA MADRE

DEPARTAMENTO DE RECURSOS NATURALES

ESTADÍSTICA DE LOS RECURSOS NATURALES

Dr. Ricardo Palma

IMPRESA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL

LIBRERIA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL

—Lo ignoro; pero ya sabe usted que es imposible que se amen, y estoy resuelto á todo.

La marquesa exhaló un suspiro, dejó caer la frente sobre las manos y murmuró en voz baja:

—¡Dios mio! ¡Dios mio! Yo lo he sacrificado todo por mi hija, y cuando, despues de la muerte de Ángela, comenzaba á vivir tranquila y á creer que se habian disipado todos los peligros, veo amenazada de nuevo la paz de mi espíritu y la dicha de mi hija.

Una sonrisa fria, sarcástica, amenazadora, asomó á los labios del general.

—Sí, el peligro es inminente; desde el momento en que oí que el conde de la Fé se proclamaba protector de Daniel el huérfano, concebí una sospecha que causó grandes inquietudes á mi corazón. Y ahora, ¡oh! ¡ahora lo comprendo todo!

Y el general, apretando los puños con rabia y haciendo rechinar los dientes, volvió á decir:

—Hace algunos años, el conde de la Fé juró por su honra y por el nombre de sus antepasados, guardar el mas profundo secreto sobre la historia de la infortunada Ángela.

—Y el conde, señor general, ha cumplido su palabra.

—Un momento, señora. Es cierto que el conde ha cumplido su palabra, á nadie ha revelado las relaciones que me unian con Ángela, pero en su corazón vive el ódio que me profesa, en su alma se anida el deseo de venganza, y al ver á Daniel á las puertas de su casa pidiéndole amparo y proteccion, un pensamiento satá-

nico ha asaltado su mente. «Yo no revelaré á nadie el secreto de Lostan, se ha dicho, pero le abriré á su hijo las puertas de mi casa, seré su protector, y enseñándole con el dedo á la hija del hombre que tanto aborrezco, le diré: es bella, es jóven, es rica, es candorosa; ámala, y cuenta con mi fortuna para contrarrestar á su fortuna, con mis títulos de nobleza para contrarrestar á sus títulos de nobleza.»

—No, no es posible que un hombre conciba un pensamiento tan infame, porque el conde sabe que Daniel y Clotilde son hermanos.

—Esa es su venganza. Le conozco lo suficiente para creerle capaz de tan inicua trama; pero yo sabré evitar la desgracia que me amenaza.

—Pero, ¿cómo? ¿cómo, Dios mio! ¿porque no creo que usted se atreva á revelar el secreto!

—Y ¿por qué no, señora?

Y el general, bajando la voz y dirigiendo en derredor suyo una mirada recelosa, añadió:

—Ángela ha muerto, y Daniel puede muy bien ser un hijo natural.

—Pero eso no es cierto.

—Y ¿quién podrá desmentirme? ¿Hay alguien que posea un documento capaz de probarme lo contrario? Todos los documentos que dejó Ángela despues de su muerte han desaparecido: el dia en que me convenza de que Clotilde ama á Daniel, nada me detendrá, señora, porque ese dia le diré: «Tú no puedes amar á ese hombre, porque ese hombre es tu hermano;» y luego yo buscaré

al conde de la Fé, pero no para batirme con él, como ha sucedido tres veces, sino para aplastarle como un reptil hasta que esté convencido de que ya no existe, de que no podrá revolverse jamás en mi daño.

La marquesa nada decia; profundos suspiros, ahogados sollozos se escapaban de su pecho.

—Tranquilícese usted, señora,—volvió á decir el general:—el peligro no es tan grande como en el primer momento sospeché; descubiertas las intenciones del conde, no me será difícil desbaratar sus planes. En cuanto á Clotilde, usted, que es su madre y tanta influencia ejerce en sus sentimientos y en su corazon, puede empezar desde mañana á aconsejarle lo que su recta inteligencia le dicte.

El general se levantó, y como continuase la marquesa profundamente abismada, repuso de este modo:

—Confío que usted será en esta ocasion un poderoso auxilio para que vencamos el peligro que nos amenaza; pero es muy tarde, señora, y es preciso buscar en el reposo la calma del espíritu y la tranquilidad de las ideas. Mañana, despues que usted haya tenido una entrevista con Clotilde, tendré el honor de venir á esta habitacion para que usted me dé cuenta del efecto que le han hecho sus consejos. Hasta mañana, pues, señora marquesa.

El general salió del gabinete. Doña Beatriz, inmóvil y abismada en su dolor, mas que un sér viviente, parecia una estatua de piedra.

Mientras tanto, al amanecer de aquel mismo dia,

otra escena distinta tenia lugar en la habitacion-dormitorio del conde de la Fé.

El conde acababa de acostarse, y de pié junto á su lecho se hallaba el señor Castro, agente de negocios, secretario y hombre de confianza.

La fisonomía descarnada y viva del conde resplandecía de alegría.

—Pues sí, señor Castro, estoy contento porque esta noche hemos dado un gran paso; pero seria muy doloroso para mí que una estocada inoportuna destruyera todos mis planes, precisamente en el instante en que mas próximo me hallo á realizar todos mis deseos.

—Pero es el caso,—añadió Castro haciendo uno de esos gestos característicos del que no encuentra solución á un problema,—que el baron de Labra es muy fácil que no acceda á los deseos de usted.

—¡Bah! El baron de Labra, sin que le haga con mis apreciaciones ningun agravio, es un canalla, dispuesto á hacerlo todo por el dinero. Así pues, quiero que le vea usted muy pronto y que arregle con él el asunto de que el desafío sea á sable; Ernesto es muy hábil en el manejo de todas las armas, y siendo el ofendido, tiene él la eleccion.

—¿Y si se empeña en elegir el florete? Esa es un arma terrible en sus manos.

—Se le ofrecen diez mil reales mas y aceptará el sable. No quiero que Daniel muera; eso destruiria todos mis planes, y lo que yo necesito es que quede herido: eso le hará mas interesante á los ojos de Clotilde y ganaremos mucho terreno. Al baron de Labra le sobran

recursos para darle una cuchillada á su adversario, dirigida con cierta inteligencia, es decir, que le tenga diez dias en cama y nada mas. Arregle usted el asunto del modo que pueda y déjeme usted ya, porque tengo un sueño de todos los diablos.

Y el conde, volviéndose de espaldas á Castro, se dispuso á dormir.

El secretario del viejo aristócrata salió de la habitacion andando de puntillas y pensando para sí que aquel señor tenia caprichos bien estraños, si bien es verdad que solia pagarlos con una generosidad fabulosa.

Cuando Castro llegó á la antesala miró el reloj que llevaba en el bolsillo y vió que eran las seis de la mañana.

—Creo que es una hora importuna para ir á ver al baron; sin embargo, tengo bastante franqueza con él para despertarle, si bien corro el peligro de que me demuestre su disgusto arrojándome algun mueble á la cabeza.

Y Castro, encogiéndose de hombros, se dirigió hácia la puerta de la escalera, dispuesto á desempeñar la comision que le habia dado el conde de la Fé.

## CAPÍTULO V.

**Un noble sin nobleza.**

Ernesto de Fontana, baron de Labra, era uno de esos seres degradados á quienes la sociedad comete la bajeza de respetar porque les tiene miedo.

Sin ninguna de esas virtudes que embellecen el alma, vivia despreciando á sus padres y dándoles un sinnúmero de disgustos con sus calaveradas de mal género.

Cuando Ernesto se vió dueño de la fortuna de sus padres, por muerte de estos, se entregó con furor á todos los vicios, derrochando de un modo lastimoso su capital.

Una vida de continuadas orgías, de juego, de libertinaje, debia concluir con la fortuna que sus padres le legaron á su muerte. El baron comenzó á sentir las exigencias de sus acreedores.

Sin embargo, le alentaba la esperanza de rehacer su perdida fortuna con un buen casamiento, y sus escrúpulos aristocráticos eran tan pocos, que se hubiera casado con la hija de un pregonero si ésta le hubiera llevado un buen dote.

En la época que le damos á conocer á nuestros lectores, Ernesto vivía en un entresuelo de la calle de Preciados, causando no pocos disgustos al casero por su poca puntualidad en pagar los alquileres.

La única pieza amueblada era el gabinete y la alcoba que daban á la calle, cuarto de soltero donde se veían aun los restos de su pasada opulencia.

El baron conservaba un criado que le habia sido fiel á pesar de su decadencia.

Ernesto, de vez en cuando, visitaba á una hermana de su padre, pobre señora de sesenta años, sujeta á la modesta renta de doce mil reales anuales, y á cuya casa iba alguna que otra vez á comer.

Esta buena anciana amaba á su sobrino y reprendía cariñosamente sus calaveradas; pero Ernesto le decia:

—Querida tia, los consejos de usted me parecen muy saludables, pero son tardíos. Yo le agradecería mas que me diera usted dinero, que á los jóvenes que se hallan como yo les es mas útil que los consejos.

Pero vamos á penetrar en el gabinete del baron de Labra, que, como hemos dicho, conserva aun un resto de su pasada opulencia.

En frente de la puerta, suspendida de la pared, se vé una gran panoplia forrada de veludillo verde y adornada con clavos de acero, llena de sables, floretes, guantes de goma, caretas de tirar y pistolas de arzon.

Ernesto no habia querido nunca desprenderse de sus armas, porque las creía muy necesarias.

La sillería, el sofá y butacas eran de terciopelo azul,

y sobre el mármol de la chimenea se hallaba una inmensa cigarrera en forma de pagoda china.

Serian las nueve de la mañana cuando se abrió la puerta del gabinete y entró un hombre en quien debemos reconocer al señor Castro, secretario del conde de la Fé.

La habitacion estaba oscura, y en la chimenea quedaba aun un resto de fuego entre la ceniza.

El señor Castro, antes de avanzar, demostró alguna indecision, y volviendo la cabeza, dirigió la palabra en voz baja á una persona que indudablemente le seguia.

—¿Á qué hora se ha acostado tu amo?

—Á las cuatro.

—¿Y se acostó sereno?

—No bebió mas que media botella de coñac.

—Vamos, eso no es mucho. Entra y dile que yo estoy aquí.

El que contestaba á las preguntas del señor Castro era Bautista, criado del baron, y no estaba muy conforme con lo de despertar á su amo, porque sonriéndose de un modo bonachon, pero sin avanzar un paso, dijo:

—Es el caso que...

—Dile que yo quiero hablarle, que me urge mucho.

—Sí, sí... ya lo comprendo, pero...

—Tienes miedo que te dé los buenos dias de un modo algo brusco, ¿no es verdad?

—Es que al señorito una de las cosas que mas le disgustan es que le despierten antes de que él llame.

—Pues bien, abre el balcon un poco, yo le despertaré.

Bautista, bien á pesar suyo, obedeció, mientras Castro se dirigia hácia la alcoba.

—¡Señor baron! bien se conoce que es usted hijo del pueblo mas trasnochador del universo,—dijo Castro levantando la voz.

Y como Ernesto nada contestara, pues continuaba profundamente dormido, añadió:

—Dichosa juventud, á quien la naturaleza concede un profundo y reparador sueño.

Ernesto abrió los ojos, los fijó con cierta vaguedad en Castro y dijo:

—¡Ah!... ¿es usted?... ¿quién diablos le manda mandarugár tanto?

—Porque tengo necesidad de hablar con usted.

—¿Qué hora es?

—Las nueve y media.

—Me ha robado usted tres horas de sueño, que no se las perdonaré nunca, y además se las pondré á usted en cuenta. Bautista, dame las botas y aviva un poco la chimenea.

—¿Va usted á levantarse?—le preguntó Castro.

—Es claro. Además, tengo hambre y creo que usted no tendrá inconveniente en darle á mi criado algun dinero para que nos traiga el almuerzo de casa Farugino.

—Con mucho gusto: toma, Bautista, y preguntale á tu amo qué platos quiere.

Castro dió una moneda de cinco duros al criado y fué á sentarse en una butaca cerca de la chimenea.

Ernesto se vistió, es decir, se puso unos pantalones y la bata y se sentó en otra butaca.

—Vete á *El Armiño* y dile á Farrugino de mi parte que me envíe un almuerzo para dos, con una botella grande de Medoc, pero que el señor Castro te dé antes otra moneda de cien reales, porque con cinco duros no almorzaremos bien dos personas principales como nosotros.

Castro, que deseaba tener contento al baron, sacó otra moneda del bolsillo del chaleco y la entregó á Bautista, mientras Ernesto bostezaba ruidosamente, con la cabeza reclinada en el respaldo de la butaca.

—Puesto que estamos solos,—dijo el baron tan pronto como salió Bautista del gabinete,—puede usted darme cuenta del motivo de esta intempestiva visita, porque supongo que algo querrá usted de mí.

—Veo que tiene usted talento, querido baron.

—Sí, mucho talento, pero muy poco dinero.

—De esa enfermedad adolecen muchos en Madrid.

—Pues yo puedo asegurar á usted que solo me ocupo de la parte que me toca.

—Eso es natural.

—Jamás me ha gustado representar el papel de *Corregidor de Almagro*.

—Es usted mas positivista, ¿no es verdad?

—¡Oh! mucho. ¿Qué me importa á mí el prójimo?...

Pero sepamos á qué tengo el honor de ver á usted en mi casa tan temprano.

—Ya puede usted suponerlo.

—Pues no supongo nada,—contestó Ernesto enco-

giéndose de hombros y haciendo un gesto espresivo con la fisonomía.

—¿Olvida usted el desagradable lance que tuvo lugar anoche en la embajada?

—¡Ah! sí... pues he dormido sin que me preocupe maldita la cosa, y en verdad que hoy quiero arreglar el asunto.

—Pues por lo mismo he madrugado tanto.

—¿Qué ocurre?

—El señor conde de la Fé, suponiendo que usted se batirá con su ahijado, me manda á mí á que arregle con usted el lance.

—¡Cómo!... ¿Va usted á batirse por el otro?

—Líbreme Dios de semejante quijotada, y mucho mas siendo con usted.

—Entonces no comprendo...

—Ante todo, el señor conde me encarga dé á usted estos diez mil reales.

Y Castro sacó un paquete de billetes, que puso sobre el mármol de la chimenea.

—El conde es un cumplido caballero,—dijo Ernesto guiñando el ojo en direccion á los billetes,—y yo no tengo mas voluntad que la suya: ¿qué es lo que desea?

—El señor conde conoce que un hombre como usted debe batirse siempre que se crea ofendido.

—Es natural, y eso mismo pienso hacer yo.

—Pero como el baron de Labra es un maestro consumado en el manejo de las armas y tiene además un

valor sereno, desea que le tenga alguna consideracion á su ahijado.

—Pensaba tenérsela, aunque me trató con bastante rudeza. ¡Oh! si Daniel no fuera el protegido del conde de la Fé, podia contarse entre los muertos.

—Por lo mismo vengo yo á arreglar las condiciones.

—Yo prometo oirlas respetuosamente.

—Quiere el señor conde, que puesto que usted tiene, como ofendido, la eleccion de armas, elija usted el sable.

—Queda elegido el sable.

—No puede pedirse mas humildad,—añadió Castro sonriéndose.

—Creo que no tendrán ustedes queja de mí.

—Ninguna: continúo.

—Yo ofrezco escuchar con respetuosa veneracion, porque así me lo aconsejan los diez mil reales que acaba usted de dejar sobre la chimenea.

—Una vez elegida el arma, que hemos convenido será el sable,—repuso Castro,—usted, que es diestro, procurará herir á su contrario de un modo que, sin darle la muerte, le tenga diez ó doce dias en la cama.

—Permitame usted que le diga, mi querido señor Castro, que eso es un poco mas dificil.

—¡Dificil para usted dar una cuchillada á donde se le antoje!

—Sí, y mucho, amigo mio, porque no voy á tener delante un pato inmóvil, un hombre acobardado que no sabe lo que se hace, sino un enemigo valiente, impetuo-

so, dispuesto tal vez á tenderse á fondo al menor descuido, para decirle luego á la señora de sus pensamientos: «Ya te he vengado del insolente que profanó tu nombre.» Vuelvo á repetirlo: eso es muy difícil.

—Es que al señor conde no le conviene que muera su protegido.

—Eso ya es distinto: pero yo no puedo precisar el golpe, porque ignoro de qué modo será atacado. Sin embargo, procuraré darle una cuchillada en la cabeza, en el hombro ó en la pierna, graduare la fuerza todo cuanto pueda, pues deseo complacer al señor conde.

—El señor conde me ha encargado diga á usted que conviene que siga haciéndole el amor algunos dias á Clotilde.

—Eso me sirve de entretenimiento, siempre que siga poniendo á mi disposicion el caballo.

—Puede usted disponer de él. ¿Tiene usted sus padrinos?

—Los buscaré en cuanto salga de casa.

—¿Será mañana el duelo?

—Cuando ustedes gusten; pero aquí está Bautista: creo que debemos almorzar.

—Sí, pues no tengo nada mas que advertir á usted.

—Bautista, —añadió el baron viendo entrar á su criado seguido de un camarero del restaurant *El Armíño*, cargado con una cesta, —sirvenos el almuerzo en esta pieza, el señor Castro es un amigo de confianza.

Bautista se sonrió, pues aquella pieza era la única que tenia muebles en la casa.

## CAPÍTULO VI.

**Donde el general empieza á ejercer la  
autoridad paterna.**

Clotilde, antes de dormirse, pensó en Daniel mas que habia pensado nunca, síntoma grave de la mujer á los diez y nueve años.

Cuando se levantó, la primera imagen que cruzó por su mente fué la de su generoso defensor, y cogiendo una pluma, escribió estas líneas á su amiga:

«Querida Blanca: supongo que esta tarde vendrás á verme, quiero que me acompañes á la Castellana, tengo mucho que hablar contigo y confío que me traerás algunas noticias. Tuya siempre—Clotilde.»

Despues, siguiendo la costumbre diaria, Clotilde se dirigió á la habitacion de su padre á darle los buenos dias.

El general leia un periódico, sentado en una butaca. Clotilde comprendió por la gravedad del semblante del general, que estaba enfadado; pero, segura del dominio que sobre su padre ejercia, apoyó cariñosamente los

brazos sobre uno de los hombros del veterano y le dijo con una entonacion dulce y cariñosa:

—Buenos dias, señor general.

Luego le dió un beso en la frente, y con una ligereza propia de una gacela, se sentó sobre las rodillas de don Pedro.

El general cambió completamente de fisonomía, quedóse mirando á su hija con verdadero éxtasis y dijo:

—Estoy muy enfadado contigo, Clotilde.

—¡Ca! No puede ser,—añadió la jóven jugando con los blancos cabellos de su padre.

—Te digo que lo estoy.

—Pues entonces, será sin motivo, porque no recuerdo haberte ofendido.

Indudablemente la dulce y cariñosa voz de Clotilde influyó de un modo poderoso en el ánimo del general, pues cambiando de entonacion, y aun de propósito, le dijo con un acento mas suave:

—Voy á hablarte, hija mia, de un asunto para tí del mayor interés. Yo bien conozco que á tu edad los consejos de los padres se tienen muchas veces por ridículos ó por egoistas; pero tú sabes que yo no ambiciono otra cosa que tu felicidad, y por lo mismo, espero que contestes á las preguntas que voy á dirigirte con ese lenguaje sencillo y verídico del corazon, que las hijas cariñosas emplean cuando tienen la seguridad de que sus padres las quieren con toda su alma.

—Pero ¡Dios mio! ¿á qué viene todo ese preámbulo? Acabarás por ponerme de mal humor.

—Yo sé todo lo que ocurrió anoche en los salones de la embajada inglesa. Conozco, hija mia, que seria una injusticia culparte del escándalo que promovieron el baron de Labra y ese jóven desconocido que protege el conde de la Fé.

—Y ¿qué culpa puede caberme á mí de que un fátuo, un pedante que apenas me ha dirigido la palabra, á quien no conozco, ponga mi nombre en sus labios, y que un jóven generoso, con quien no me liga ninguna clase de relaciones, salga en mi defensa?

—Pues bien, hija mia, aunque yo comprenda tu inocencia en este asunto, debo decirte que la honra de la mujer la empaña el mas leve aliento, y que tú eres demasiado jóven para comprender la perfidia de los hombres y los recursos que emplean para parecer más interesantes á los ojos de las personas á quienes desean llamar la atencion.

—¡Pero, padre mio! yo no comprendo una palabra de todo lo que tú me dices.

—Yo procuraré explicarme, evitándome que seas víctima de alguna emboscada; pero nada conseguiria si tú me ocultaras la verdad.

—Cuando se tiene un padre tan bueno como tú, es una infamia engañarle.

—Veamos, pues, si tú te libras de esa infamia, añadió el general sonriéndose.

—Puedes preguntarme lo que quieras, y verás como te hablo con el lenguaje del alma.

—Tú ya habrás comprendido, que despues de la es-

cena que tuvo lugar anoche en la embajada, lo mas natural es que se batan dos hombres, siendo tú, aunque involuntariamente, la causa de ese duelo.

—¡Oh! sí; mucho lo temo y mucho lo deploro tambien, y precisamente yo venia á suplicarte que tú lo evitaras.

—¿Yo?

—Es claro, tú; ¿no eres amigo del gobierno? ¿No tratas al gobierno de Madrid con mucha franqueza? Pues bien, que metan preso al baron de Labra ó que lo destierren.

—¿Al baron? ¿Luego te interesa mas Daniel?

—Naturalmente: Daniel en este lance representa la hidalguía, la generosidad, la nobleza; mientras que el baron, bien podria decirse que ha representado el papel de calumniador.

—Dejando aparte la cuestion de que el gobierno intervenga en este lance, que no es posible, volvamos á nuestro asunto y continúo mis preguntas. Tus últimas palabras, hija mia, me han demostrado que tu corazon se interesa por Daniel.

—Seria una ingratitud si yo no demostrara hácia ese jóven alguna simpatía.

La encantadora ingenuidad de Clotilde comenzaba á inquietar al general, pero procurando dominarse, continuó su interrogatorio.

—¿Cuántas veces has visto á ese jóven que tan generosamente se proclamó tu defensor?

—¡Oh! muchas. La primera recuerdo que fué en este

mismo gabinete; recuerdo que tú estabas, sin duda, de mal humor, pues llegué en el momento que le despedias de casa con el semblante fosco y la voz alterada. Yo me compadecí de aquel pobre jóven que, huérfano y solo en el mundo, venia á pedir tu proteccion, y tú, sin que yo pudiera esplicarme nunca la causa, le arrojabas de mala manera de tu casa.

—Ya podrás comprender, hija mia, que algun motivo me asistiria para conducirme de aquel modo.

—Yo solo ví entonces que era un desgraciado que necesitaba de tí, y me fué simpático: luego pasaron unos dias y volví á verle, con gran asombro, en la Castellana, montado en un caballo árabe y galopando cerca de mi carruaje. La curiosidad es muy propia en la mujer, y tuve empeño en averiguar cómo se habia efectuado tan estraño cambio en la posicion de aquel jóven, y no tardé mucho en saber que el conde de la Fé le habia abierto las puertas de su casa, recibéndole como á un hijo. Y ¿para qué negarlo? me alegré mucho de que Daniel hubiese encontrado un recurso contra la miseria que le amenazaba. Despues le he visto varias veces en el teatro, y tal vez he cambiado con él miradas de simpatía. Y por último, anoche le encontré en el baile y se acercó á hablarme algunas palabras.

—Supongo que, empleando el lenguaje de la verdad como hasta aquí,—añadió el general fijando en su hija una mirada penetrante,—no tendrás inconveniente en decirme las palabras que te dirigió anoche Daniel.

Clotilde vaciló un momento: sus hermosas mejillas

se cubrieron de rubor, y bajando tímidamente los ojos al suelo, contestó:

—Daniel me dirigió la palabra con acento conmovido; me pidió perdon por haber salido en defensa de mi nombre; yo le dí las gracias, y luego, saludándome respetuosamente, se separó de mi lado y no volví á verle mas en toda la noche.

—Si lo que acabas de decirme es cierto, si Daniel te dirigió la palabra solamente para escusarse de su conducta, entonces, Clotilde, ¿por qué bajas tus ojos al suelo? ¿Por qué se cubren de rubor tus mejillas?

—¡Oh! Eso ya es una cuestion distinta, padre mio, y si tú te empeñas en saber la causa de estos síntomas que notas en mi semblante, yo no tendré otro remedio que decírtela, pero quisiera que me evitaras un poquito de vergüenza.

Si el general no se hubiera encontrado en una situacion especial, el candor, la dulzura con que su hija acababa de pronunciar las anteriores palabras, hubieran llenado de felicidad su alma.

Pero ¡ay! Pedro de Lostan leia sobre la frente ruborosa de su hija todas las impresiones de su corazon, y comprendiendo que un amor naciente comenzaba á agitar su pecho, le estremecia la idea de que le hubiera inspirado este primer amor su mismo hermano.

Pero, ¡cómo decirle: ahoga esos hermosos y puros sentimientos de la juventud, antes que, inflamándose, se conviertan en una pasion tempestuosa, porque ese hombre que comenzó por serte simpático, que siguió luego

tus pasos hasta turbar tu sueño, que preocupa tu pensamiento, que conmueve tu alma, es el único hombre de la tierra á quien las leyes humanas y divinas te prohíben amar!

Y sin embargo, era preciso que aquel amor naciente no avanzara un paso mas; era de todo punto necesario que el nombre de Daniel se borrara de su memoria, y el general estaba dispuesto á todo por conseguirlo.

La situacion, pues, volvemos á decirlo, era altamente difícil, era altamente embarazosa para el general.

Sabido es que un amor contrariado produce siempre efectos opuestos al que los padres desean. Nada incita tanto al deseo como los obstáculos; nada se codicia tanto como lo que parece imposible.

El amor verdadero, esa pasion sublime que lo engrandece y embellece todo y que llena, por decirlo así, nuestro sér, creando en nosotros una segunda naturaleza mas poderosa, mas fuerte, mas invencible que la de la sangre, no retrocede hasta realizar sus hermosos sueños ó morir en la demanda.

El general, hombre de mundo, conocia todo esto y buscaba en su mente la manera de evitar el peligro, sin que con la prohibicion aumentara el amor naciente de Clotilde.

Aquel hombre, tan duramente castigado por la Providencia, veia pasar por su imaginacion pensamientos terribles, que dejaban huellas de sangre y gemidos de dolor.

Desde el dia fatal en que una casualidad le puso en

grave riesgo de que su crimen no fuera un secreto, ¡cuántas amarguras, cuántas penalidades no habia sufrido aquel hombre, que, militar de fortuna, recibia en público los aplausos y la admiracion de sus contemporáneos, y caminaba en medio de la sociedad con el pecho cubierto de cruces, la frente coronada con los laureles de la gloria y sintiendo en el alma las terribles y dolorosas acriminaciones de una conciencia inquieta y en su corazon los latidos desiguales del abrumador remordimiento!

¿Qué era la vida para el general Lostan? Una carga pesada que se soporta con la sonrisa en los labios y el corazon hecho pedazos. ¿Qué eran las noches para aquel hombre que envidiaban los pequeños, aplaudian los necios y endiosaban los aduladores? Una pesadilla sin fin, una angustia prolongada, un período de tempestad, entre cuyas nubes, negras como el dolor, veia brillar las lágrimas de Ángela y las sentia caer una á una sobre su frente como gotas de fuego.

Quando se comete un crimen de esos que rechaza la sociedad y castiga el código, poco importa que quede oculto y que el criminal eluda el rigor de las leyes: hay otro juez mas grande, mas infalible, mas justiciero, para quien no queda impune ni oculto ningun delito, y ese juez, que ha puesto en el corazon del hombre el instinto del bien y del mal, ese juez, que le ha dotado del inapreciable bálsamo del olvido, sin el cual la existencia seria insufrible, le legó al mismo tiempo el remordimiento, que, sentado á las puertas de la concien-

cia, alquimista del cuerpo humano, se entretiene en revolverle con una varilla de hierro candente.

Pero volvamos al interrumpido diálogo, del que nos ha separado esta digresion, tal vez enojosa para nuestros lectores.

El general, dando el verdadero valor á las palabras y á las revelaciones que acababa de hacerle su hija, no le quedó duda alguna de que el amor, ese espíritu misterioso que duerme en el corazon de la mujer hasta que llega el momento sublime en que le despierta una mirada, comenzaba á agitarse en el pecho de Clotilde.

Por eso, acariciando con paternal ternura las pequeñas y blancas manos de aquel ángel de la tierra que se hallaba sentado sobre sus rodillas y por el que tantos sacrificios habia hecho, creyó prudente emplear la ternura para conseguir su objeto y verse libre del peligro que le amenazaba.

—Mira, Clotilde,—le dijo,—yo creo que será inútil repetirte que nada en el mundo es para mí tan importante como tu felicidad, y tú sabes que yo daría mis títulos, mis grados, mis condecoraciones y hasta mi existencia por ahorrarte una hora de insomnio, un dia de dolor.

—Pero, ¿te has propuesto entristecerme? ¿Por qué me dices todas esas cosas?

—Porque he creido notar en tí una inclinacion que me affige y desconsuela, y si no me juzgases un padre tirano, yo te pediría que borrases de tu memoria el nombre de Daniel.

Clotilde se estremeció. Alma pura, imaginacion sencilla, carácter ingénuo, no podia comprender por qué su padre le exigia esa ingratitud.

Daniel iba indudablemente á batirse por ella: Daniel no le habia hecho nunca la menor ofensa, ¿cómo pues olvidarle? ¿Qué motivos, qué razones tenia su padre para exigirle su ingratitud?

—¡Olvidar á Daniel! ¿Y por qué, padre mio?

Nada tan sencillo como esta pregunta, y sin embargo, causó un profundo dolor en el corazon del general.

—Hija mia, me he propuesto ser franco contigo, y ya te he dicho que no quiero emplear la autoridad, sino la súplica. Procuraré que comprendas el por qué acabo de pedirte que borres de tu mente el nombre de ese jóven.

El general hizo una ligera pausa, procuró serenarse y volvió á decir con cariñoso acento:

—Cuando la mujer se encuentra, como tú, en la primavera de la vida; cuando ni su mente, ni su corazon, ni su alma se han turbado ni estremecido ante las dulces y lisonjeras palabras que brotan de los labios de un hombre enamorado, ó ante el fuego de unos ojos apasionados, nada tan fácil como simpatizar con el hombre que en un momento oportuno se presenta ante ella y comete uno de estos rasgos que impresionan su naturaleza sensible.

El general se detuvo: Clotilde le escuchaba con profunda atencion, como si no comprendiera bien las palabras que su padre le dirigia.

Don Pedro volvió á decir:

—Todas las grandes pasiones, hija mia, comienzan generalmente por las simpatías; el amor tiene su gradacion como la vida de la criatura. Yo sé que hoy Daniel es á tus ojos solamente un jóven simpático; pero, ¿puedes tú asegurarme lo que será mañana?

—Confieso, padre mio, que solo me he ocupado del presente; pero á pesar de todo lo que me vas diciendo, no puedo comprender el motivo por qué me has dicho que borre su nombre de mi memoria.

—Porque hoy tal vez te sea mas fácil que mañana; porque...

El general se detuvo, iba tal vez á cometer una imprudencia, é hizo un violento esfuerzo para buscar una frase que reasumiese su pensamiento, frase que le fué imposible encontrar, temeroso de que produjera un efecto contrario á su hija.

Por fin creyó decirlo todo con estas palabras: —

—Hija mia, tú ocupas en la sociedad una gran posición, llevas un título y un apellido honroso y tienes edad para comprender que tu madre no transige nunca con ciertas preocupaciones de familia. Daniel es un jóven huérfano que no ha conocido nunca á su padre.

Al pronunciar estas palabras, el cuerpo del general se estremecía.

—Ya comprendes, pues,—añadió con acento trémulo,—que tu madre no ha de consentir nunca que ames á un bastardo.

Don Pedro acababa de infamar villanamente á su hijo; pero un crimen no se comete solo; la mano de

Dios castigaba á aquel insensato, que, avergonzado de sus mismas palabras, se levantó descompuesto de la butaca, y como si el remordimiento hubiera colocado entre él y su hija la pálida y descarnada figura de Ángela, se llevó la mano á la frente, se quedó pálido como un cadáver, y exhalando un gemido, murmuró en voz baja:

—¡Oh! ¡Cuánto sufro, Dios mio!

Luego volvió á caer, casi desplomado, en la butaca: sus ojos se cerraron y se quedó inmóvil.

Todo esto habia sucedido en menos tiempo del que hemos necesitado para escribirlo.

Clotilde lanzó un grito de espanto, y tirando del llamador de la campanilla, exclamó:

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Mi padre se ha puesto malo!



## CAPÍTULO VII.

## Crece la tempestad.

A las voces de Clotilde acudieron algunos criados.

—¡Avisad á la marquesa!... ¡Que vayan á buscar al médico de casa!... ¡pero pronto!... ¡El general se ha puesto malo!—gritó Clotilde sin separarse del lado de su padre, que, sin conocimiento é inmóvil como un cadáver, permanecía en la butaca.

Clotilde acariciaba con amorosa solicitud la cabeza del general, contemplándole absorta con los ojos llenos de lágrimas.

Cuando la marquesa acudió, el general comenzaba á dar señales de vida.

—¿Qué ocurre?—preguntó sobresaltada doña Beatriz.

—¡Ah! ¡por fin vuelve á la vida!...—esclamó Clotilde con una espresion de indefinible gozo.

Y cogiéndole cariñosamente la cabeza con las manos, añadió:

—¡Padre mio!... ¡Ah! ¡Qué susto tan grande me has dado!

Don Pedro abrió los ojos, miró á su hija, luego á la marquesa, y sonriéndose de un modo triste, dijo:

—Tranquilizaos... esto no ha sido nada: un ligero desvanecimiento que me ha privado por un instante del conocimiento... pero ya no tengo nada... estoy perfectamente bueno... solo siento el susto que os he dado...

—¡Oh! ¡no... no; tú estás malo!... ¡sí, muy malo! he mandado á buscar á nuestro médico y quiero que te vea,—esclamó Clotilde.—Figúrese usted, madre mia, que estaba hablando conmigo, cuando de pronto observé que se ponía pálido y cayó en esa butaca sin conocimiento.

La marquesa y el general cambiaron una mirada de inteligencia.

—Pues bien, yo te aseguro que no tengo nada, y te suplico que me dejes solo, necesito descansar un poco. Cuando venga el médico, recíbele tú y dile que te has sobresaltado sin motivo.

—Está bien: haré lo que tú me mandes; pero yo quisiera que Mendez entrara á verte.

—Si es necesario entrará, hija mia,—dijo á la vez doña Beatriz;—pero ya oyes que tu padre dice que está completamente bueno.

—Sí, sí, bueno del todo, Clotilde, yo te lo aseguro; déjame solo con tu madre, tengo que hablar con ella.

Clotilde no creyó oportuno insistir mas, pero pensó que cuando llegaria el médico, ella le contaria todo lo que habia ocurrido, y si Mendez lo creia necesario, á pesar de la prohibicion de su padre, entraria á verle.

La marquesa y el general se quedaron solos.

Durante algunos segundos reinó el mas profundo silencio en la habitacion.

—¿Qué ha pasado aquí, general?—preguntó por fin la marquesa fijando en su esposo una mirada severa.

—Ni yo mismo podria explicarlo, señora. Me creia un hombre fuerte, y soy un sér dócil atormentado sin cesar por una inquietud acerba, por un malestar desconocido, como si me amenazara una gran desgracia y el corazon me diera esa inesplicable voz de alerta que turba la paz de nuestro espíritu.

Doña Beatriz, que no apartaba los ojos de su esposo y que parecia que con aquella mirada tenaz intentaba leer en el fondo de su conciencia, dijo con acento pausado:

—Todo eso que usted experimenta, ¿no seria tal vez el grito del remordimiento, que, sublevándose en el fondo del alma, se levanta amenazador para anunciarle á usted que ha llegado la hora de la expiacion?

Cada una de las palabras de la marquesa penetraba en el cerebro del general, produciéndole un sonido doloroso.

El hombre mas enérgico tiene momentos en la vida en que se apodera de su espíritu una debilidad extrema.

El general Lostan se encontraba en uno de esos momentos. Sin embargo, levantó la frente, fijó sus ojos secos de lágrimas, pero enrojecidos, en el severo rostro de su esposa y le dijo con esa entonacion propia del cansancio y del desaliento:

—Dice usted bien, señora: todo plazo se cumple; toda expiación de un crimen que se comete, llega. Yo fuí un necio, un imbécil cuando, al saber la muerte de Ángela, creí que los peligros habían desaparecido: error grande que la realidad se encarga de demostrarme hoy, que he comprendido con espanto que Daniel y Clotilde se aman.

—La marquesa escuchó aquella revelación con una frialdad impropia de las circunstancias, y repuso con abrumadora pausa:

—Yo también había sospechado lo que usted acaba de revelarme, general, y ese amor que me espanta, esa pasión naciente que me aterra, la veo como un castigo justo de la Providencia, y espero que usted sabrá librar á su hija de los peligros que le amenazan.

—Y la libraré, señora,—contestó el general, que comenzaba á recobrar su perdida energía.—La libraré, porque he tenido el honor de decir á usted varias veces, que estoy resuelto á hacer el sacrificio de mi vida y á que caiga sobre mí solo todo el oprobio y toda la vergüenza.

—¡Hé aquí los hombres!—repuso la marquesa formulando una sonrisa de desden;—cuando la conciencia se subleva en sus pechos, cuando se hallan acosados por el remordimiento, empuñan con trémula mano el arma del suicida y ponen término á su existencia, creyendo que han cumplido con su deber.

—¿De qué otro modo puede cumplir el hombre que se encuentra en mi situación?

—Salvando á su hija del peligro que corre, levantando el decaído espíritu, manteniendo con serenidad su autoridad paternal.

Y la marquesa, cambiando de entonación y dirigiendo al general una mirada de desprecio, añadió:

—Hace mucho tiempo que si yo hubiera comprendido que la felicidad de nuestra hija consistía en que usted dejara de existir, le hubiera aconsejado que pudiese término á sus días; pero ahora más que nunca es preciso que usted viva, que levante con serenidad su frente, que arrostre el peligro que le amenaza y que evite avancen un solo paso más las simpatías que han empezado á nacer entre Daniel y Clotilde.

—Pero, ¿cómo, señora? ¿cómo puede hacerse eso? Cuando un padre descubre que su hija ama á un hombre, no tiene más que dos caminos: ó proteger ese amor, ó ponerse frente á frente de él y rechazarle. Usted sabe que lo primero es imposible; usted sabe que lo segundo es espuesto. Comprendo que me bastaría una sola palabra para salir de esta embarazosa situación en que nos encontramos; pero esa palabra no quiero, no puedo, no debo pronunciarla ni aun en la hora de la muerte.

—Y sin embargo, general, es preciso evitar que el nombre de Daniel preocupe la imaginación de Clotilde.

—Y ¿cómo puede lograrse eso? La violencia no es el medio más prudente para conseguirlo.

—Pero las contemplaciones podrían perdernos.

—Señora, es preciso que hablemos con franqueza, es indispensable que nos lo digamos todo, que sacrifi-

quemamos nuestros resentimientos personales en favor de nuestra hija inocente, á quien amenaza una gran desgracia. El verdadero peligro no consiste en Daniel, sino en su protector el conde de la Fé.

—No comprendo.

—¿Olvida usted, señora, que el conde de la Fé sabe nuestro secreto? Que él, que no ha podido vengarse con las armas en la mano, sospecho que ha concebido uno de esos pensamientos terribles.

—Y cree usted capaz al conde:...

—De todo, señora.

—Si hubiese querido vengarse, lo hubiese hecho hace muchos años.

—Entonces, accediendo á las súplicas de ustedes, juró guardar silencio y ha cumplido su juramento; pero hoy la venganza se le ha presentado por otro camino, y el corazón me dice que la ha aceptado con infinito gozo; pero usted, que me salvó entonces, puede salvarme ahora, ó por mejor decir, puede usted salvar á su hija, aconsejándole que olvide á ese hombre.

—General, soy madre y cumpliré con mi deber, pero una voz secreta me dice que la hora de la expiación para usted se acerca. No es el conde el que coloca á Daniel delante de su padre para obligarle á que se arranque la máscara con que se encubre: es la Providencia, que, siempre justa, se vale de recursos desconocidos para decir un día á la sociedad: «He ahí el culpable.»

El general dejó caer con desaliento la cabeza entre las manos. Profundos y dolorosos sollozos se escaparon

de su pecho, porque las acusadoras palabras que acababa de dirigirle la marquesa, caían una á una en su conciencia, causándole un dolor infinito.

—Está bien, señora: ya que la Providencia me castiga, espero que ella misma me indique el camino que he de seguir. Yo confiaba que usted vendría en mi auxilio en tan doloroso trance; creía que, olvidando el pasado, sería usted un apoyo poderoso para evitar á su hija el peligro que corre; pero me he engañado, pues veo que se goza usted en arrojarme al rostro mi crimen.

Y el general, levantándose, tiró con fuerza del llamador de la campanilla y dijo á un criado que se presentó en la puerta:

—Diga usted á la señorita Clotilde que su padre la espera, que venga inmediatamente.

Apenas habia desaparecido el criado, cuando la marquesa, revolviéndose airada, preguntó con altiva entonación:

—¿Qué es lo que intenta usted hacer?

—Ver á mi hija, señora, emplear la súplica; si esta no produce efecto, entonces ¡oh! ¡entonces quién sabe lo que puede suceder!

Y pasándose la mano varias veces por la frente, añadió:

—Ruego á usted, señora marquesa, que me deje solo.

—¡Imposible!

El general se estremeció, pero procurando dominarse, volvió á decir:

—Yo le pido á usted que se retire; es el único favor que espero me conceda en esta vida.

—Soy madre y tengo por lo menos tanto interés como usted en el porvenir de mi hija: quiero, por consiguiente, saber lo que va usted á decirle.

El general pareció vacilar un momento.

Por su ancha y despejada frente, que ennoblecía la profunda cicatriz que la surcaba, cruzó rápidamente esa tinta sombría que anuncia las tempestades del alma.

—Está bien, señora,—dijo levantándose,—usted oirá lo que voy á decir á mi hija.

Y cogiéndola suavemente por el brazo, la acompañó hasta la puerta de la alcoba, añadiendo:

—Entre usted aquí, y no olvide ni un solo instante que si interrumpe nuestra escena, que si sale á interponer su severa mirada entre su hija y yo, si comete la menor imprudencia, estoy resuelto á todo, y revelaré á Clotilde el secreto que hace tantos años quema mi corazón y mata la paz de mi espíritu.

En las palabras del general habia tanta energía, tanta entereza, tan firme resolución, que la marquesa, por la primera vez desde la noche en que supo el secreto de su esposo, sintió que su energía la abandonaba.

El general condujo á la marquesa hasta la alcoba; cerró la puerta, y dirigiendo una mirada en derredor suyo, en la que podia notarse un resto de inquietud y malestar, llevóse una mano al pecho y dijo, despues de exhalar un profundo suspiro, como hablando consigo mismo:

—Es preciso terminar, cueste lo que cueste; ¿qué

importa la vida, cuando hace tanto tiempo estoy dispuesto á hacer el sacrificio de ella?

En este momento Clotilde se presentó en el gabinete: tenia los ojos enrojecidos por el llanto y el semblante pálido por la emocion; fijólos en su padre y dijo:

—Me llamas y vengo á recibir tus órdenes.

—Sí, hija mia, te llamo porque necesito hablarte de un asunto de la mayor importancia para tí y para tu padre.

Y tirando segunda vez del llamador de la campanilla, dijo al criado:

—No estoy en casa para nadie, absolutamente para nadie.

Luego cerró la puerta, condujo cariñosamente á su hija hasta un sofá, y cogiéndole las dos manos, se quedó mirándola con una expresion de infinita ternura.

## CAPÍTULO VIII.

## Dos almas que se comunican.

La misma mañana en que tenían lugar en casa del general Lostan las escenas que acabamos de referir, Julio de Monforte, antes de marcharse á su oficina, entró en el gabinete de su hermana á darle un beso y despedirse de ella, como tenia de costumbre.

Blanca se hallaba sentada al piano entreteniendo su triste imaginacion con los dulces acordes de un nocturno aleman.

Julio advirtió que su hermana estaba mas pálida que de costumbre, y tenia los ojos enrojecidos y con marcadas señales de insomnio.

—¿Qué es eso? ¿estás mala?—le preguntó.

—He dormido poco esta noche,—le contestó con una voz tan dulce, que parecia un gemido.

—Á mí me ha sucedido lo mismo.

Julio y Blanca se amaban de un modo tal, que entre ellos no existian secretos.

—¡Ah! ¿tambien tú has pasado la noche desvelado?

—Creo que no he dormido dos horas.

—¿Y en qué pensabas?—preguntó Blanca dejando el taburete y sentándose en un sofá.

—En los episodios que tuvieron lugar anoche en el baile de la embajada.

Blanca fijó sus hermosos ojos en su hermano, y aquella mirada era un poema de ternura.

—¡Pobre Julio!—le dijo, agitando tristemente la cabeza.—Tú has pensado como yo en un imposible, y eso ha espantado tu sueño.

Julio suspiró, y sentándose al lado de su hermana, le cogió cariñosamente una mano y repuso:

—Hay pensamientos insensatos; pero cuando el corazón, aconsejado por la gratitud, sabe dominarlos, solo atormentan á aquel que los concibe. Jamás descubrirá Clotilde la inmensa pasión que me ha inspirado; yo sabré ocultarla en el fondo de mi alma.

Blanca escuchaba á su hermano teniendo en él fija su dulce y triste mirada.

—Julio,—le dijo despues de una pausa:—nosotros debemos sacrificarlo todo por Clotilde. Ese es nuestro deber. Á un mismo tiempo, hemos sentido brotar en nuestros corazones el embriagador perfume del amor... pero este perfume, tesoro querido de nuestra alma, no saldrá jamás del santuario que en ella le hemos erigido. Si tus labios se abriesen para revelar el secreto de tu alma, podrian contestarte con la sonrisa desdeñosa de la maledicencia: «¿Por qué fijas tan alto tu pensamiento? ¿es el amor puro y desinteresado, ó la ambicion lo que te hace olvidar quién eres?»

—¡Sí, sí, Blanca!... ¡dices bien, yo debo callar! morir, si es necesario, antes que nadie descubra... ¿pero y tú?...

—Tu suerte es la mia. Cuando Daniel, pobre y huérfano, se presentó en nuestra casa, cuando nuestra madre le llamó su hijo, y nosotros le dimos el nombre de hermano, sentí en mi corazón un placer, una emoción desconocida: era indudablemente el amor que nacia en mi pecho. ¡Pero ay! ¡Daniel no es hoy el mismo!... Un brillante porvenir le espera, y además sus ojos y su pensamiento se han fijado en Clotilde, en nuestro ángel protector.

—Si Clotilde le ama, nuestro deber será, hermana mia, convertirnos en protectores de aquella á quien tanto debemos.

—¡Quién lo duda! ¿Qué importa nuestra felicidad, si conseguimos la suya?

—Veo con gozo que tu pensamiento y el mio están conformes.

—Pero dime, Julio, ¿crees que se verificará el desafío?

—Lo juzgo inevitable.

—¡Ah! Si yo pudiera evitarlo...

—¡Imposible!

—El baron de Labra ha recibido un insulto demasiado directo para que deje de pedir una satisfaccion.

—Estoy segura que Clotilde estará hoy inquieta y disgustada.

—Supongo que irás á verla.

—Esta tarde.

—Yo veré tambien á Daniel.

—Si lograses disuadirle...

—Hermana mia, yo no puedo aconsejarle que rechace un lance que él mismo ha provocado.

Blanca comprendió que su hermano nada podía hacer para librar á Daniel del peligro que le amenazaba; resignóse, pues, á llorar en silencio y á elevar á Dios sus oraciones en favor del huérfano.

Blanca y Julio prolongaron algunos minutos mas su conversacion, haciendo protestas de cariño y agradecimiento hácia Clotilde.

Los dos hermanos se hallaban dispuestos á sacrificarse por su bienhechora, y se juraron no revelar nunca el secreto de sus almas.

Por fin se separaron. Julio tenia que ir á casa de Daniel y á la oficina. Blanca, á ver á Clotilde, que le habia escrito una carta.

—Adios, hermana mia; esta noche tú me contarás los percances de Clotilde: yo te referiré los de Daniel; pero enjuga tus ojos, serena tu semblante, para que nuestra buena madre no se entere del dolor que agoja tu pecho.

. . . . .

Aquella misma tarde Clotilde y Blanca se hallaban solas en el elegante gabinete que ya conocen nuestros lectores y en donde las dos jóvenes pasaban tantas horas dedicadas á la música.

—Tengo muchas cosas que contarte,—dijo Clotilde cogiendo cariñosamente la mano de Blanca.

—Lo he sospechado por la carta que me has escrito,  
—contestó la hermana de Julio.

—Sin embargo, en mi carta te invitaba para dar un paseo por la Castellana y no pienso salir de casa, porque mi padre está un poco indispuerto: además he citado al médico Mendez.

—¿Estás tú enferma también?—preguntó con interés Blanca.

—No, pero deseo saber qué tiene mi padre.

Y Clotilde, fijando sus hermosos ojos en su amiga, añadió:

—¡Ah, querida Blanca, si supieras cuántas cosas me han acontecido desde anoche!

—Espero que me lo cuentes todo.

—Por eso te he dicho en mi carta que no dejaras de venir á verme; pero será mejor que cerremos la puerta, no quiero que nadie nos interrumpa, porque voy á hablarte de Daniel.

Blanca ocultó con una sonrisa bondadosa el daño que le causaba aquel nombre pronunciado por los labios de su amiga.

Clotilde cerró la puerta y volvió á sentarse al lado de su amiga.

—Mi padre ha sospechado que yo miro á Daniel con alguna simpatía.

Este principio anunció á Blanca que el tema de la conversacion iba á causarle alguna molestia.

—¡Ah! ¿Tú padre sospecha?

Blanca dijo estas palabras como hubiera podido de-

cir otras; la pobre niña tenia poca práctica en el fingimiento, y se esforzaba en ocultar los afectos de su corazón.

—Sí: ha sospechado, y en verdad que su sospecha me ha causado una gran admiracion. Verás, voy á contártelo todo, y luego confío en que me darás algun consejo.

—¡Yo!

—Naturalmente, porque tú en este asunto debes estar mas serena, mas tranquila que yo.

—En fin, continúa refiriéndome lo que te ha sucedido, y allá veremos si se me ocurre alguna cosa de provecho.

—Esta mañana entré, como de costumbre, para saludar á mi padre y darle los buenos dias, y entonces el general, dando un rodeo á la conversacion, comenzó á hablarme de Daniel, pero de una manera vaga, ambigua, y comprendí que sus palabras no estaban conformes con sus pensamientos; de pronto, y sin que yo pudiera esplicarme la verdadera causa, mi padre se vió atacado de una especie de desmayo ó de desvanecimiento; cayó sin sentido en una butaca, y me dió un susto muy grande.

—¿Padece el general con frecuencia desvanecimientos de cabeza?

—Jamás ha tenido uno, al menos que yo sepa.

—¡Es extraño!

—Y tanto, querida Blanca, que me sobresaltó mucho. Llamé á los criados para que buscasen á mi madre y al doctor Mendez. Cuando acudió la marquesa, mi padre

recobró el conocimiento, y entonces me suplicó que le dejara solo: yo no queria separarme de su lado; pero empleó, para que me marchara, unas miradas tan severas, una entonacion tan enérgica, que salí del gabinete con el corazon inquieto, el espíritu sobresaltado y los ojos llenos de lágrimas.

Blanca escuchaba con profunda atencion á su amiga. Clotilde volvió á decir, despues de una ligera pausa:

—Una hora poco mas ó menos permanecí en mi gabinete, afanándome en vano por adivinar la causa de todos los acontecimientos que habian tenido lugar aquella mañana, cuando entró mi doncella á decirme que el general me esperaba en su habitacion y deseaba hablarme; corrí á su encuentro, y mi padre, al verme, me cogió cariñosamente las manos, y mirándome con una ternura que me hizo olvidar la esquizvez con que me habia tratado poco antes, me dijo:

—Hija mia, ya sabes que nunca he sido para tí un padre tirano; y hasta tal punto ha llegado mi condescendencia y mi cariño, que me he complacido en satisfacer hasta el menor de tus caprichos.

—¡Ah, padre mio! Yo sé que eres el mejor del mundo,—le dije;—pero hoy, segun sospecho, te has propuesto hacerme llorar, y lo has conseguido grandemente.

—Pues bien,—añadió;—vamos á hablar ahora sin que nos enfademos, sin que empañen las lágrimas tus hermosos ojos; quiero que me escuches con el corazon sereno y la sonrisa en los labios. Cuando se trata de la felicidad de los hijos, los padres no deben nunca ni

sobresaltarles, ni tratarles con dureza. Quiero pues, hija mia, que me escuches con calma y me contestes con el lenguaje de la verdad, sin emplear conmigo, que tanto te quiero, el violento lenguaje de la mentira.

Ya puedes comprender, querida Blanca, que esta introduccion produciria en mí un vivo interés, aunque tenia la evidencia de que mi padre iba á hablarme de Daniel; de Daniel, por quien confieso con ingenuidad he sentido desde el principio algunas simpatías, pero cuyo nombre, á fuerza de resonar en mis oidos, creo que comienza á grabarse en mi corazon de un modo indeleble.

—Querida Clotilde,—añadió Blanca sonriéndose y con encantadora entonacion:—veo que, hablando de Daniel, te apartas del objeto.

—Sí, es verdad, me parece muy justa tu advertencia; vuelvo, pues, á reanudar la relacion de la escena que ha tenido lugar entre mi padre y yo.

Tú ya sabes cuánto me quiere el general; su corazon bello y generoso se complace en adivinar mis deseos para satisfacerlos, pero ¡cosa estraña! las simpatías que me ha inspirado Daniel le sobresaltan de un modo que me ha llegado á suplicar con lágrimas en los ojos, borre de mi memoria el nombre del huérfano que con tanta generosidad tal vez mañana arriesgue su vida por defenderme.

—Es verdaderamente estraño el ódio que el general profesa á Daniel,—añadió Blanca.

—No, no es ódio tampoco, Blanca; procuraré recordar sus palabras. Me dijo:

—Hija mia, yo he sospechado que sientes alguna in-

clinacion hácia ese jóven que protege el conde de la Fé: si amas á tu padre y deseas evitarle graves y trascendentales disgustos, es preciso que le olvides, que no vuelvas nunca á acordarte de él, que tengas bastante fuerza de voluntad para decirte á tí misma con enérgica resolucion: «Daniel no existe para mí.» Yo no quiero ejercer contigo esa autoridad paternal que manda con despótica entonacion; empleo solamente la súplica, porque conozco que es el mejor sistema para conmovier tu corazon. No olvides, pues, hija mia, que si, desoyendo mis consejos, llegaras á amar á ese hombre, yo no podria nunca concederle tu mano. Nada mas puedo decirte; no me pidas, pues, esplicaciones porque no podria dártelas. Si amas á tu padre, olvida á Daniel; el sacrificio no será grande para tí, puesto que afortunadamente no es de creer que sientas por ese jóven una de esas pasiones que atropellan por todo.

Clotilde terminó con un suspiro las anteriores palabras.

—Todo esto,—volvió á decir,—encierra un misterio que no comprendo, y me coloca en una situacion bastante difícil; y soy franca: desde que con mi padre he tenido la escena que acabo de referirte, parece que el recuerdo de Daniel se graba mas tenazmente en mi corazon.

—Pero ¿tú no has pedido esplicaciones á tu padre?

—¡Oh! sí, pero todo ha sido en vano, y hace algunas horas que no ceso de preguntarme qué peligros son los que amenazan al general si yo amo á ese generoso jóven que con tanta nobleza defendió anoche mi honra.

—¿Y qué piensas hacer?

—¿Lo sé yo por ventura? Te he llamado para pedirte un consejo.

—¿Y qué consejo quieres que te dé,—contestó Blanca sonriéndose,—en un asunto tan oscuro?

—Sí, sí, ya te comprendo: tú nada puedes decirme, solo mi padre...

Clotilde se quedó pensativa. Blanca, cuya sensible y virginal imaginación no podía explicarse las palabras que acababa de referirle su amiga, añadió:

—Yo tengo poca experiencia en cuestión de galanteos, pero he oído decir que cuando los padres no están conformes con el hombre que hace el amor á sus hijas, buscan mil recursos para que éstas les olviden: creo pues, querida Clotilde, que no debes entristecerte de ese modo. Demos tiempo al tiempo, que él irá poco á poco aclarando este misterio.

—¿Sabes lo que yo sospecho?—volvió á decir bajando la voz y como si temiese que alguien le escuchara;—que no es mi padre quien me prohíbe amar á Daniel.

—Pues ¿quién es?

—La marquesa.

—¡Ah! ¿Tu madre?

—El general me ama demasiado para contrariar la inclinación de mi alma: todo su afán consiste en verme feliz; me ha dado muchas pruebas de su amor y su tolerancia para conmigo y no puedo explicarme una petición formulada de un modo tan extraño. Pero la marquesa ¡oh! la marquesa ya es distinto. Daniel es pobre,

es huérfano, no lleva un apellido ilustre, y esto es lo suficiente para que no le diera nunca el consentimiento, aun en el caso de que mañana pidiera mi mano.

Y Clotilde, estrechando cariñosamente las manos de Blanca y fijando en ella sus ojos llenos de lágrimas, añadió:

—Yo no tengo secretos para tí; voy á decirte, pues, que he sospechado que mi madre quiere darme por esposo al duque de San Plácido, pues ella ignora que el duque jamás me ha hablado de otra cosa que de música, su única pasion, la que llena por completo su alma.

La prohibicion del general Lostan, aunque dirigida en forma de súplica, comenzaba á producir su efecto.

Buscando Clotilde las causas, tomaba, como generalmente acontece en la vida, el camino opuesto de la verdad.

Desde el momento en que Clotilde se convenciera, aunque equivocadamente, de que el único motivo que habia para que no amase á Daniel, era el carecer de pergaminos y de un nombre aristocrático, el huérfano iba á ganar la partida. Para desvanecer la sospecha que habia concebido la hija del general Lostan hubiera bastado una palabra de su padre, pero esta palabra no podia pronunciarse.

Además, ¿cómo podia aquella inocente jóven sospechar nunca la causa que levantaba entre ella y Daniel una muralla insuperable.

Dejémosles, pues, vagar por los espacios imaginarios con la seguridad de que no han de encontrar la verdadera causa de la súplica del general, y vamos á encontrar otros personajes muy conocidos de nuestros lectores.

## CAPÍTULO IX.

## Donde crece el sobresalto.

Nada combina tan admirablemente como la fatalidad: por eso el general Lostan, que apenas comenzaba á tranquilizarse de las escenas tempestuosas que habia tenido con su mujer y su hija aquella mañana, se vió de nuevo sobresaltado al oír las siguientes palabras que su ayuda de cámara Santiago le dirigió entrando en el despacho:

—Señor general, Bonifacio acaba de llegar de Horche.

Don Pedro se levantó bruscamente de la butaca, porque la llegada de Bonifacio era para él de mal agüero, y fijando una mirada dura en Santiago, dijo:

—¿Y á qué viene? ¿no le tengo dicho que no quiero que se separe ni un solo momento del lado del enfermo?

—Es que el enfermo ha desaparecido,—contestó Santiago con brusco y entrecortado acento.

Difícil seria describir el cambio que sufrió el semblante del general al escuchar las anteriores palabras.

—¿Qué! ¿ha desaparecido?—repitió cerrando los pu-

ños y avanzando hacía donde se hallaba el ayuda de cámara, que esperó firme á su amo.

—Sí, señor.

—¿Cuándo?

—Ayer noche.

El general exhaló un rugido y añadió:

—Pero todo eso que me dices necesita una explicacion. ¿Está Bonifacio en casa?

—Sí, señor general.

—Que entre al instante. No es posible lo que me dices.

Santiago salió del despacho, volviendo á los pocos segundos acompañado de Bonifacio.

El general, que durante el corto rato que se quedó solo no hizo otra cosa que gesticular y pronunciar blasfemias en voz baja, al ver á Bonifacio, se quedó con los ojos fijos en él, como si quisiera leer en su pensamiento.

—¿Á qué vienes á Madrid desobedeciendo mis órdenes?... ¿De ese modo cumples tu palabra? ¡Habla! ¡Responde!...

—Señor general, V. E. puede dispensarme, pero yo he cumplido con mi deber.

—¡Cumplir con tu deber!...—esclamó don Pedro despidiendo miradas amenazadoras,—¡cumplir con tu deber!... y vienes á decirme: ¡El doctor Samuel ha desaparecido! ¿Es posible eso?... ¡Responde!... ¡habla!...

El general rugia como una fiera; Bonifacio y Santiago parecian dos reos delante de su juez.

—Pero, ¿te has quedado mudo?...—le gritó el gene-

ral cogiéndole bruscamente por el brazo.—Di lo que ha sucedido.

Bonifacio recobró repentinamente su serenidad, y levantando la cabeza, dijo:

—No estoy mudo, general; pero la rabia y el despecho me devoran, porque el doctor ha burlado mi vigilancia...

Y exhalando un rugido, añadió:

—¡Ah! le he buscado inútilmente... pero si lo hubiese encontrado... habria dejado de existir.

—¡Silencio, imprudente!—murmuró el general con bronco acento.—Di lo que ha ocurrido... pero en voz baja.

—General: V. E. acaba de reprenderme y de mostrarme su enojo, y eso me hace mucho daño, porque yo me precio de servidor leal.

—No te pido que disculpes tu conducta, ni que enaltezcas tus méritos: lo que yo quiero saber es, lo que ha sucedido en Horche.

—He venido á decirlo todo comprendiendo el mal efecto que produciria mi presencia y mi relato, pero era indispensable que así lo hiciera.

—Habla,—contestó el general sin poder disimular su emocion.

—Siguiendo las órdenes de V. E.,—repuso Bonifacio,— permanecí al lado del doctor Samuel, espiándole siempre, durante su larga y penosa convalecencia.

La herida habia producido tal trastorno en su cerebro, que el pobre viejo no era otra cosa que un idiota,

que se reía ó lloraba segun la mayor ó menor intensidad de sus dolores. Pero hace unos dias creí notar en la mirada del doctor mas fijeza, mas serenidad que de costumbre, y una tarde le sorprendí sentado en uno de los bancos de su pequeño jardín, en esa actitud que demuestra que el hombre procura recordar algo que se ha desvanecido de su memoria.

Desde que concebí la sospecha de que el doctor podría recobrar la razon, le espí con mas tenacidad; pero hay asuntos, general, que para sacarlos á flote no basta todo el interés de un hombre agradecido, y creo que el doctor Samuel debió sospechar los oficios que yo ejercia á su lado, puesto que por mas preguntas que le hacia para cerciorarme de mis sospechas, se encerraba en el mas profundo silencio, sin que pudiera acabar de convencerme de si habia ó no recobrado la razon.

Bonifacio se detuvo, porque su amor propio, gravemente herido con la desaparicion del médico, no encontraba palabras con que disculpar su conducta.

—Continúa,—añadió el general.

—Antes de ayer por la noche, el doctor se hallaba en su despacho sentado en su sitial; yo, desde la alcoba inmediata, espíaba todos sus movimientos, y aunque le ví revolver algunos papeles, monomanía muy frecuente en él, confieso, mi general, que no sospeché lo que tramaba el viejo. ¡Oh! ¡Si lo hubiera sospechado, aquella misma noche hubiese dejado de existir! Yo se lo juro á V. E.

Bonifacio miró de un modo á don Pedro, que éste no

tuvo duda de que su leal servidor le decia la verdad.

—Calcule V. E.,—añadió Bonifacio,—el disgusto, la sorpresa y la rabia que al mismo tiempo me produciria cuando al levantarme á la mañana siguiente y entrar, segun costumbre, en la alcoba del doctor, me encontré que no estaba en la cama.

Al principio no me causó gran estrañeza, pensando que habria bajado al jardin á pasearse; comencé á buscarle y recorrí en vano toda la casa; pregunté á la criada y me contestó que no lo habia visto. Entonces salí en busca de él por todo el pueblo, recorrí las inmediaciones, y nada, general, nada; como si se lo hubiera tragado la tierra.

Tratándose de un hombre cuyo mal residia en la cabeza, sospeché, con sobrada razon, que, sin podérselo explicar él mismo, se habria marchado al monte inmediato, y aun llegué á temer si habria puesto fin á su existencia. Entonces dí parte al alcalde, y en compañía de algunos vecinos, volví de nuevo á recorrer las cercanías del pueblo.

El dia se empleó en esta operacion, y convencido de que mis pesquisas eran inútiles, concebí la sospecha de si habria bajado á Guadalajara y tomado el ferro-carril. Y efectivamente, mis sospechas se convirtieron en realidad: hablé con el jefe de la estacion y éste me dijo que el doctor Samuel Fuentes habia tomado billete para Madrid.

—¡Para Madrid!—repitió el general levantándose de la butaca como movido por un resorte.

—Sí, el doctor Samuel se halla en la corte.

—Pero, ¿con qué objeto?—preguntó don Pedro, que comenzaba á aturdirse ante las terribles combinaciones que la fatalidad agrupaba en torno suyo.

Santiago y Bonifacio cambiaron una mirada como si les estrañara la pregunta que les dirigia el general.

—Señor,—dijo el ayuda de cámara,—si efectivamente el doctor Samuel ha recobrado la razon, si se halla en Madrid, es preciso encontrarle á toda costa; es preciso poner en juego todos los recursos que estén á nuestro alcance para saber su paradero, porque el doctor sabe que los papeles que encerraba el cofrecillo de ébano á nadie interesaban tanto como al general Lostan, y su viaje no debe tener otro objeto que el de reclamar esos documentos y pedir justicia del atentado que se cometió con él.

Santiago pronunció con pausa las anteriores palabras, y el general, comprendiendo la importancia de aquel aviso y calculando que un nuevo peligro le amenazaba, despues de algunos segundos de silencio, durante los cuales buscaba indudablemente en su imaginacion algun recurso salvador, dijo:

—Sí, tienes razon, Santiago: si el doctor Samuel ha recobrado la razon, si se halla en Madrid, es preciso encontrarle á toda costa.

El general se dirigió á su mesa, cogió la pluma y escribió rápidamente algunas líneas en una hoja de papel.

Luego entregó esta carta á Santiago y añadió:

—Inmediatamente corre al Gobierno civil, pregunta

por el jefe de la policía secreta y entrégale esta carta de parte mia. Si no estuviese allí, búscale por todas partes: es preciso que yo vea á ese hombre al instante: no vayas á pié, manda que enganchen el carruaje.

Y volviéndose hácia Bonifacio, añadió:

—Tú espera mis órdenes en la habitacion de Santiago.

Y el general, quedándose solo, se dejó caer en la butaca, murmurando en voz baja:

—¡Ah! ¡Qué caros se pagan los crímenes que se cometen en la juventud!

Y aquel hombre que, por su entereza de carácter, tantas veces habia causado la admiracion de todos cuantos le conocian, se cubrió el rostro con las manos, y ardientes y abrasadoras lágrimas brotaron de sus ojos.

## CAPÍTULO X.

**La consulta gratis.**

El doctor Mendez era un buen médico en toda la estension de la palabra; poseia en alto grado la filantropía, madre de la caridad, en el corazon, y la ciencia en la cabeza: era un sabio amigo de los desgraciados, y al dedicarse á la honrosa profesion de médico, la humanidad doliente habia encontrado un nuevo campeón dispuesto á protegerla.

Á un médico egoista, deberian recogerle sus títulos y prohibirle el ejercicio de su profesion.

Mendez era un buen amigo de los pobres, y muchas veces, no solo curaba los males de los pobres, sino que remediaba sus necesidades, conociendo que la miseria es un poderoso auxilio para el desarrollo de las enfermedades.

Todos los dias, de diez á doce, Mendez tenia abiertas las puertas de su casa y daba consultas gratis.

La antesala de su gabinete se veia siempre llena de enfermos, y estos, al respirar el ambiente de aquella hos-

pitalaria casa, sentian renacer en sus almas la esperanza.

Si fijamos la atencion en los pobres que llenan la ancha sala que precede al gabinete del doctor Mendez, veremos entre ellos á un anciano venerable, de blanca y larga barba, en cuya frente calva se ve una profunda cicatriz.

Este anciano viste un largo leviton de paño, color de aceituna, pantalon y chaleco negro, y se halla sentado en uno de los ángulos de la sala, esperando, sin duda, que llegue el turno para ser recibido.

En sus ojos, que conservan aun la vida y el fuego de la juventud, puede notarse, sin embargo, alguna vaguedad.

Siempre que el criado encargado de introducir en el gabinete del médico abre la puerta y llama al número que corresponde, el anciano, como si no confiara mucho en su memoria, fija la mirada en un pedacito de carton que tiene en la mano derecha y en el que se ve un número impreso, y luego, dirigiendo la palabra al individuo que se halla sentado cerca de él, le pregunta en voz baja:

—¿Qué número ha dicho?

El preguntado le repite el número que acaba de reclamar el criado, y entonces el anciano se dice en voz baja, como hablando consigo mismo:

—No es el mio: yo tengo el veintinueve.

Por fin, despues de una hora de espera y de entrar y salir enfermos, el criado volvió á abrir la puerta del gabinete y dijo en voz alta:

—¡Número veintinueve!

El anciano se puso de pié, miró nuevamente el carton y se encaminó hácia la puerta del gabinete.

El doctor Mendez y sus dos ayudantes se hallaban de pié esperando al nuevo enfermo, y al ver llegar á aquel anciano, que se acercaba hácia ellos con la sonrisa en los labios, Mendez no pudo contener un grito, y abriendo los brazos, estrechó entre ellos al anciano, diciendo al mismo tiempo:

—¿Usted aquí?

—Sí, hijo mio; yo, que vengo á dar á usted las gracias por el interés que se ha tomado por este pobre anciano y á pedirle hospitalidad en su casa por algunos dias.

Suponemos que nuestros lectores habrán reconocido en el anciano de la barba blanca al doctor Samuel.

—¡Ah! ¡Mis pronósticos se han cumplido!—esclamó Mendez con verdadera alegría.—Ya sabia yo, mi querido maestro, que la curacion de su herida seria completa, pero lo que no esperaba es verle entrar tan de improviso causándome esta alegre sorpresa.

—Cuando pueda esplicarle á usted las causas de mi repentina aparicion, se convencerá de que corria grave peligro mi existencia no haciéndolo así.

Mendez miró con sorpresa á Samuel, y éste, sonriéndose con bondad, añadió:

—Los pobres enfermos esperan en la antesala; puede usted concluir su consulta. Luego hablaremos, no tengo prisa: esperaré sentado en esa butaca, si es que mi presencia no causa á ustedes alguna molestia.

—¡Oh! Al contrario; usted es un médico como nosotros, y su experiencia pudiera muy bien sernos útil en algun caso raro.

El doctor Samuel se sentó en la butaca, y Mendez dió orden al criado para que llamase al número treinta: la consulta, interrumpida por un breve momento, volvió á continuar.

Una hora despues habia concluido la consulta, y el doctor Mendez y Samuel se hallaban solos en otro gabinete.

—Estoy impaciente por saber por qué ha abandonado usted tan de improviso el pueblo,—preguntó Mendez.

—Porque desde el instante que recobré la luz de la inteligencia, temí que el poderoso enemigo que habia tratado de asesinarme volviera á repetir su crimen.

—¡Ah! ¿Luego usted conoce al miserable que atentó contra su vida?

—Conozco á la voluntad que decretó mi muerte, pero ignoro á quién pertenece el brazo que intentó matarme... Pero esto, querido Mendez, es una historia que, para que usted la comprenda, se necesita una esplicacion.

El doctor Samuel refirió á su amigo todo lo que habia tenido lugar en el pueblo de Horche la noche de la muerte de Ángela, terminando de este modo su relacion:

—Cuando me hallaba examinando con la profunda detencion que requería el asunto los papeles que me habia confiado Ángela, encontré un documento importante, que puse aparte debajo del arenillero de bronce

de mi escritorio. La Providencia, sin duda, me hizo separar aquel documento, pues al poco rato, dos hombres enmascarados penetraron por mi ventana y me exigieron con súplicas, luego con ofrecimientos, y por último con amenazas, que les entregara los papeles de Ángela y que aseguraban el porvenir del pobre huérfano.

Yo rechacé sus proposiciones y sus amenazas, y entonces uno de aquellos dos infames descargó su revólver sobre mi frente.

Lo que sucedió despues, usted lo sabe mejor que yo. Los asesinos se fugaron, robándome la única herencia de mi querido Daniel, y yo, luchando entre la vida y la muerte, pasé mucho tiempo, hasta que hace tres dias sentí en mi naturaleza operarse un cambio estraño, una revolucion favorable, y la primera chispa de razon brotó en mi cerebro.

Una circunstancia estraña me ha favorecido, y tal vez me ha salvado: recobré la razon de noche, y dudando yo mismo, creyendo un sueño todo lo que confusamente recordaba mi memoria, me levanté del lecho y fuí á buscar el documento que habia colocado debajo del arenillero de bronce.

Estaba allí; lo leí con inquietud, y todo, como por encanto y como si se hubiera descorrido un telon ante mis ojos, lo recordé perfectamente; hasta el timbre de la voz de los enmascarados resonó en mis oidos como si lo estuviera escuchando.

El silencio y la quietud de la noche me dieron tiempo para reflexionar sobre mi situacion. Mi vida era un pe-

ligro para el hombre que habia causado la desgracia de Ángela, y calculé que si la habian respetado era porque me juzgaban un idiota.

Todo esto pensaba, batallando entre mil dudas, cuando al amanecer oí una voz en la sala inmediata á mi alcoba que me causó un vivo estremecimiento.

Poco despues entró un hombre en mi alcoba, me estuvo contemplando con fijeza sin dirigirme la palabra, luego abrió la ventana que daba al jardin y se llenó de claridad la habitacion.

La luz del sol me permitió reconocer al hombre que se hallaba en mi dormitorio: era Bonifacio, criado de la difunta Ángela, un licenciado del ejército que siempre me habia inspirado cierta desconfianza, porque mas de una vez le habia sorprendido espiando á su ama.

Confieso, amigo Mendez, que la mirada de aquel hombre me daba miedo, y sin que tuviera un motivo perfectamente fundado, no me atreví á decirle que habia recobrado la razon.

Bonifacio volvió á entrar en la alcoba y otra vez se quedó mirándome de un modo extraño.

Poco despues se presentó mi antigua y buena criada la señora Antonia, y oí perfectamente este diálogo, que entabló con Bonifacio:

—¡Válgame Dios y qué ganas tengo de que el señor recobre el juicio! porque me parte el alma verle sin que pueda darse razon de lo que hace ni de lo que piensa,— dijo la Antonia arreglando algunos muebles de la habitacion.

—Pues yo no deseo semejante cosa, porque ojos que no ven, corazón que no llora. Además, si el amo recobrará el juicio...

Bonifacio no continuó, pero sus labios se entreabrieron para formular una sonrisa que me dió miedo.

—Sin embargo, en la última visita que le hizo el doctor Mendez cuando vino á traerme dinero, me dijo que tenía esperanza de que don Samuel se restablecería del todo.

—¡Bah! ¿Quién hace caso de los médicos? Siempre dan esperanzas y luego sucede lo que Dios quiere.

—No obstante, fuerza es tener confianza en un hombre que tanto sabe y que tanto interés se toma por nuestro pobre amo; á no ser por él, Dios sabe lo que hubiera sucedido; de seguro que don Samuel se hallaría enterrado.

Este diálogo me hizo comprender que usted, leal y generoso amigo, no me había olvidado.

—De lo que me complazco doblemente, pues si la casualidad no me hubiera tenido aquella noche fatal en Horche, nada hubiera podido hacer por mi antiguo maestro.

—Los hombres generosos, señor Mendez, siempre hallan un pretexto para empequeñecer la grandeza de sus nobles acciones.

—No hablemos de eso, le ruego que continúe usted su relato, porque es para mí sumamente interesante.

—Es un verdadero drama de familia, del que espero salir triunfante, haciendo que la verdad se levante justa y severa contra el verdadero culpable. Pero voy á con-

tinuar mi relato. Abandoné mi lecho, procurando que ni Bonifacio ni Antonia comprendieran que habia recobrado la razon, y para eso, como yo ignoraba lo que hacia en mi estado de atontamiento, me encerré en el mas profundo mutismo.

Durante el dia observé que Bonifacio me seguia por todas partes, espiando hasta el menor de mis movimientos.

Los ojos pardos y frios de aquel hombre estaban siempre clavados en mí. Ya no me cabia duda de que aquel hombre, cuya voz me recordaba algo de la de uno de los enmascarados, tenia sobre mí algun designio siniestro.

Mientras tanto, yo tenia en el bolsillo del pecho de mi levita el documento salvado milagrosamente y que aseguraba el porvenir de Daniel, por quien no me atreví á preguntar, si bien me estrañaba que no viniera á verme, lo cual me hizo sospechar que estaria en Madrid.

Durante dos dias tuve bastante fuerza de voluntad, bastante dominio sobre mí para fingir, pues el secreto que yo poseia, como me dijo uno de los enmascarados, el que descargó sobre mi cabeza el arma, era de aquellos que cuestan la vida al que los posee, y por último, aprovechando una ocasion en que pude burlar la vigilancia del hombre que me espiaba, salí del pueblo, llegué á Guadalajara, tomé un billete para Madrid y aquí estoy en casa de un amigo que confio podrá servirme de mucho para defenderme y salvar al pobre huérfano de los peligros y miserias que le amenazan.

—Ha hecho usted bien en confiar en mí, pero debo decirle que la suerte de Daniel se halla asegurada.

—¡Cómo!

—Porque ha encontrado un generoso protector.

—¿Es por ventura el general Lostan?

—No, el conde de la Fé.

—¡El conde de la Fé!...—repitió Samuel como si quisiera recordar el nombre.—Jamás he oido pronunciar ese nombre á Ángela.

Y de repente, como si brotara una nueva luz en su inteligencia, añadió:

—Sí, sí, ahora recuerdo... Ángela dejó dos cartas escritas... una para el general Lostan y otra para el conde de la Fé... ¡Ah! ¿Y es el conde el que ha protegido á Daniel?

—Sí.

—¡Misterios de la Providencia! ¡Qué enigma tan tenebroso envuelve esa proteccion! Es preciso que yo vea á Daniel.

Mendez escuchaba lleno de curiosidad y de asombro á Samuel.

—Pero, ¿no presentó Daniel al general la carta que le dejó su madre?

—Sí, pero el general lo arrojó de su casa, cerrándole las puertas para siempre.

—¡Eso es imposible!—esclamó Samuel.

—Esa es la verdad, querido maestro.

—¡No, no, y mil veces no!—esclamó el anciano.—¡Un padre no puede despedir ignominiosamente de su casa á su hijo!

Al oír esta revelación, el doctor Mendez no pudo contener un grito, temiendo que su amigo hubiera perdido la razón.

Samuel comprendió, por la mirada de compasión que le dirigía Mendez, todo lo que pensaba, y sonriéndose dolorosamente, añadió:

—No estoy loco... jamás he sentido tan firme mi juicio. Dios ha querido conservarme la vida para que llegue el día de la reparación y la justicia. El general ha despedido á Daniel de su casa, me ha arrebatado los documentos que eran la única herencia de un pobre huérfano, ha querido poner término á mi vida porque le espantaba la idea de que un hombre poseyera sus secretos, pero Dios ha velado por la inocencia, y aun no se ha perdido todo, porque ha permitido que conserve un arma terrible que humillará la frente del soberbio y enaltecerá al humilde.

Y Samuel, sacando un papel del bolsillo de la levita, le agitó en el aire, diciendo:

—Esta es mi arma... necesito ver al general, pero esta vez creo que no tratará de asesinarme.

—Pero, ¿qué papel es ese?

—Es una declaración importante que asegura la legitimidad de su nacimiento á un huérfano y la reparación de una gran falta.

—Un momento, querido maestro,—añadió Mendez, vivamente interesado con el relato de su antiguo catedrático.—En todo lo que usted acaba de contarme, veo un misterio terrible, y creo que debemos obrar con

cierta prudencia. El general Lostan, según usted acaba de asegurarme, ha intentado poner término á la existencia de usted, pero de un modo grave y penado rigurosamente por la ley. El general es en la actualidad un hombre poderoso, jefe de un partido que se halla en el poder. En este país, donde todo se doblega ante la política, le sobrarán elementos para librarse del doctor Samuel, si el doctor Samuel le molesta. Seamos cuerdos, seamos prudentes. Usted está seguro en mi casa. Dice que tiene armas poderosas para confundirle; paciencia y calma, pues, querido maestro.

—¡Oh! tengo la seguridad de que al verme caerá anonadado á mis piés pidiéndome clemencia.

—La confianza pierde á los hombres.

—¡Oh! ¡es que la impaciencia me devora!... ¡es que yo necesito que me devuelva los documentos que me ha robado!... porque ellos son la vindicación de una madre que fué la mujer mas buena y mas desgraciada de la tierra.

—Con un poco de prudencia y otro poco de cautela, se andará el camino que usted desea para llegar al punto donde quiere. Tranquilícese, pues, su espíritu, recobre la calma y la serenidad. Hay enemigos á quienes es una locura atacarles frente á frente. España se halla gobernada por un sistema poco democrático: aquí la libertad es una palabra vana, el sistema preventivo autoriza al mas despreciable polizonte á que encierre en la cárcel al hombre mas honrado del mundo, y desde la cárcel puede muy bien enviársele á Fernando Póo.

Créame usted, querido maestro, para salir airoso de esta empresa necesitamos mucha cordura, mucha calma.

El doctor Samuel, fatigado con el viaje y con la inquietud que le devoraba, se llevó la mano á la frente, exhalando un suspiro al mismo tiempo.

—Por el pronto, lo mas conveniente es que usted tome algun alimento y luego descanse algunas horas. Yo, mientras tanto, buscaré á Daniel y le daré la noticia de la llegada de usted.

—¡Ah! ¡tengo tantas ganas de verle!

—Yo le traeré, pero es preciso que usted me dé antes su palabra de honor de que no le dirá nada que pueda revelarle el origen de su nacimiento.

—Ese es un gran sacrificio.

—Será todo lo que usted quiera, pero si usted quiere que el dia de la reparacion llegue, todo debe ignorarlo Daniel hasta que pueda darse el golpe en firme.

—Amigo Mendez, conozco el interés que se toma usted en todos mis asuntos y sé lo mucho que me quiere, y como además tengo aun tan poca confianza en mi cabeza, seguiré sus consejos, pero creo que no habrá inconveniente en que vaya á ver á Daniel. Le quiero como á un hijo.

—Puede usted verle cuando guste, pero con la condicion de que no le dirá ni una palabra respecto al general Lostan.

Y Mendez, bajando la voz y cogiendo cariñosamente una de las manos del viejo, añadió:

—Querido maestro, como le dijo á usted muy bien

FABULAS DE ESOPHO

Traducción de don Juan Manuel de Rosas

En esta obra se contienen las fabulas de Esopo, con sus respectivos comentarios

de don Juan Manuel de Rosas, y de don Juan de Solorzano y Canales

Por D. JUAN DE ALBA

Impreso en la imprenta de don Juan Manuel de Rosas

Las fabulas de Esopo, en el siglo de oro de nuestra literatura, son un modelo de sencillez y de fuerza. En ellas se encuentran los principios de la moral, y se ven con claridad los vicios y las virtudes del hombre. Estas fabulas, que son de origen oriental, fueron introducidas en Europa por los griegos y los romanos. En el siglo de oro de nuestra literatura, los escritores españoles las imitaron y las adaptaron a las costumbres de su tiempo. Estas fabulas, que son de origen oriental, fueron introducidas en Europa por los griegos y los romanos. En el siglo de oro de nuestra literatura, los escritores españoles las imitaron y las adaptaron a las costumbres de su tiempo.

LA CARCAJADA

Tragedia en tres actos

de don Juan Manuel de Rosas

Ensayo de don Juan Manuel de Rosas

En esta obra se contienen los ensayos de don Juan Manuel de Rosas, con sus respectivos comentarios

de don Juan Manuel de Rosas

Impreso en la imprenta de don Juan Manuel de Rosas

PUBLICACION NOTABLE EN PRENSA.

LAS  
**FÁBULAS DE ESOPPO,**

TRADUCIDAS DIRECTAMENTE DEL GRIEGO

Y DE LAS

VERSIONES LATINAS DE FEDRO, AVIANO, AULO GELLIO, ETC.,

precedidas de un ensayo histórico-crítico  
sobre la fábula, y de noticias biográficas sobre los citados Autores.

**POR EDUARDO DE MIER.**

**BASES DE LA PUBLICACION.**

Las Fábulas de Esopo, formarán un tomo de regulares dimensiones, compuesto de unas 60 entregas, repartiéndose gratis todas las que escadan de este número.

Cada entrega constará de 8 páginas en foleo, perfectamente impresas y glaseadas, ó bien de una lámina tirada aparte.

Para que nuestro libro reúna las condiciones de una verdadera publicación ilustrada, contendrá un considerable número de viñetas, representando los principales pasajes de las fábulas mas conocidas.

A fin de popularizar tan magnífica obra, el precio de cada entrega será solo el de UN REAL en toda España.

PRÓXIMA Á PUBLICARSE.

**LA CARCAJADA.**

(HISTORIA DE UN BUEN HIJO.)

Novela de costumbres.

SU AUTOR,

**ERNESTO GARCIA LADEVESE.**

Magnífica ilustracion de láminas tiradas aparte, dibujadas por el acreditado artista

D. EUSEBIO PLANAS.

**Á UN CUARTILLO de real la entrega.**

Imp. de Ramirez y C.<sup>ª</sup>